

La bestia de Devonshire

Por Pickman

Se puede decir que el comienzo de la historia está en una fría mañana, cuando la nieve caída durante la noche comenzaba a derretirse, y la vida en Devonshire se desperezaba con el aliento paciente propio de una comunidad pequeña y aislada. El pueblo, fundado y habitado por granjeros, está entre varias viejas montañas, cuyo pico más alto, el Vhorak, no puede verse a causa de la niebla nueve meses al año, y entre los sucesos más trascendentes podíamos encontrar la fiesta del primer deshielo a principios de marzo y la cosecha de la manzana a principios de la primavera.

Yo supe de inmediato que era una mañana distinta, pero déjenme contarles por qué desde ese nefasto 17 de diciembre la gente trata de quedarse dentro de sus casas una vez caído el sol. El primero en ver las huellas fue un viejo pastor, que al dirigirse a alimentar el precario ganado, cayó de espaldas al ver las marcas en la nieve: dos marcas, como de pezuñas de cabra, se hundían con el peso de un animal desconocido en la zona, y tampoco era eso el hecho sobresaliente, entre huella y huella había distancias irregulares, como si el ser hubiese avanzado dando saltos, que en algunas oportunidades(según se vio en los relevos que hicieron por el pueblo) alcanzaban los seis metros de distancia entre uno y otro, o cruzaban por tapias de tres metros sin marcas de escalamiento de ningún tipo. Varios cerdos fueron encontrados degollados, o descuartizados; de algunos directamente nunca se supo que les ocurrió, se desvanecieron y no se encontraron restos. No había pájaros a la vista en los árboles, ni los hubo hasta pasada la Navidad. Los agudos silbidos que se habían escuchado de madrugada no dejaron dudas, algún tipo de bestia había asolado Devonshire dejando demasiados rastros como para que alguien dudara de ello.

Pero las cicatrices más profundas las dejaría en mí. Al levantarme ese día presentí que algo había cambiado, que algo malo había ocurrido.

Mis padres habían desaparecido.

Mucho se habló sobre el tema, mucho se investigó, y mucho se dejó de investigar por los horrores que temían encontrar en el misterio de esa noche que me deparó un profundo cambio en la cómoda vida que llevaba.

Yo era un niño, y falto de recursos o de parientes cercanos, me enviaron con una tía abuela que vivía en los confines de otro continente. Tan aciago era mi destino (al contrario de mi situación actual) que ella falleció culpa de sus años y sus achaques, y yo recalé en un orfanato de donde me deportaron a otro al cumplir los quince años, de regreso a Devonshire, donde aún estoy escribiendo esto.

De más está decir la fuerte impresión que tuve al volver a recorrer las calles cerradas y las casas achaparradas que parecen querer enterrarse bajo tierra; los impenetrables bosques y su soledad azul y magnánima, las faldas de las ancianas montañas que daban cobijo del viento, las granjas desperdigadas y olvidadas por el resto del mundo.

Pero poco duraron mis paseos, el invierno se anunció con tempranas nevadas y nuestro rector nos instó a que nos preparásemos para un duro invierno.

Me llamó la atención el hecho de que nadie era gustoso de salir durante las noches de diciembre; si bien eran frías y apabullantes, hasta la más indispensable tarea, hasta la más repentina urgencia era considerada varias veces antes de ser realizada. Aventurarse en las horas nocturnas era propio de extranjeros o de personas de temple envidiable, sin embargo, poco había pasado desde el día de los sucesos más notorios. Si te acercabas a los bosques podías helarte al escuchar el repentino silbido, es cierto, pero nadie había tenido el suficiente coraje como para adentrarse en ellos una vez advertidos.

Fue así que pasaban los días, con mis compañeros tensos como la cuerda de un violín, temerosos de cualquier sombra, esquivos; en fin, vaya una anécdota para recordarlos:

Antes de dormir, el que dormía en el catre de la izquierda, un muchacho corpulento de diecisiete años, me decía: "Buenas noche amigo, que Dios nos conceda el milagro de volver a vernos durante la próxima mañana" a lo que yo, acostumbrado a la liviandad y la apatía de mi anterior internado, le respondí consultando el por qué de tan efusivo saludo.

- A la noche, en los sueños, es el único momento en que estamos indefensos por dentro y por fuera. Y hay que rogar por la piedad por nuestras almas, sobre todo cuando se escucha que la bestia del bosque vuelve cada Diciembre en busca de lo que perdió.

Mucho se especulaba acerca de ello; yo afilaba una vara de madera durante mis horas libres, ansiando encontrarme con el ser que(estaba seguro) me había arrebatado a mis padres.

Mis compañeros, alertados por mi comportamiento, me suplicaron que desista de tan terrible idea; ellos desconocían el aciago gusto de la venganza, el profundo agujero que necesita ser tapado con un acto de justicia terrenal. El odio iba creciendo a medida que se acercaba el día, y el rector me obligó a entregarle mi precaria arma, afirmándome que la noche del diecisiete de diciembre el orfanato se cerraba bajo doce llaves y que serían inútiles mis intentos de escapar: no pondría en riesgo al resto de los jóvenes sólo por mi sed de justicia.

En definitiva, desarmado y resentido, sólo me quedaba esperar alguna otra oportunidad, esperar a que la bestia viniera a llevarme, si acaso yo era lo que había olvidado diez años atrás.

Y es aquí cuando llega la Noche del Demonio de Devonshire, tan comentada en los medios periodísticos, que mudaron estudios enteros a mi pueblo a cubrir los macabros sucesos que todos advertían y nadie(ni siquiera yo) pudo prevenir.

A la mañana siguiente del diecisiete de diciembre, en la nieve aparecieron las huellas, provenientes del bosque, con las alucinantes marcas de fauno que tenían años atrás, y

acompañadas con los mismos patrones del hecho anterior: distancias imposibles entre una y otra, pisadas en los techos, enloquecidos silbidos nocturnos y ausencia total de los pájaros de la zona.

Las huellas concluían en la entrada del orfanato, donde se mezclaban unas con otras y se hacían difusas.

Lo que encontraron allí dentro, fue una postal del mismo infierno.

En las camas estaban los cuerpos mutilados de cuarenta niños, algunos sin una pierna, otros sin ambos brazos, por allá llegaban los quejidos de uno que no tenía ojos, todos con vida pero irremediabilmente locos, balbuceando palabras de horror sin sentido. Cinco fueron encontrados sin la cabeza, entre ellos el rector del instituto.

Todos fueron hallados con las huellas de la matanza aún calientes sobres la piel, huellas de la ferocidad de la bestia que los había atacado durante la noche.

Excepto por mi.

Sin embargo, o a causa de ello, me recluyeron en una celda acolchada del manicomio de Devonshire, donde dos veces al día me alimentan a través de una pequeña abertura en la puerta metálica de mi austera habitación.

Ellos, los que me encerraron, sospechan que haya tenido que ver con la masacre en el orfanato.

Lo que no sospechan es que tengo cada vez más *hambre*, más y más *hambre*, que me desgarran como una hoja de papel y me deja temblando sumido en las sombras de las esquinas de mi cuarto.

Y que mi padre deambula silbando bajo el alféizar de mi ventana, esperando el momento en el que logre franquearle un acceso y podamos, otra vez, *alimentarnos*.